

SOBRE UN SÍNTOMA ACTUAL: LA VIOLENCIA INVISIBLE/MUDA

M^a Teresa Muñoz Guillén y Alicia Monserrat Femenía***

Queremos traer a debate, una clase de violencia que no es la violencia por acción sino la violencia por omisión, no por exceso sino por defecto. Actitud violenta hacia los hijos, hacia los “miembros de la tribu” (José Antonio Marina) cuyo cuidado y protección, ésta no ha asumido. En su lugar, la tribu/sociedad permanece adormecida y anestesiada, incorporando y normalizando “valores” que no son tales. Registros de irracionalidad (genocidios, guerras, limpiezas étnicas...) que oscurecen la comprensión de formas de sufrimiento que nosotros como profesionales de salud mental, tenemos que abordar más allá del síntoma, situándonos en el quehacer de enhebrar en un diálogo diferentes discursos, psíquico, social, político...

Hablamos de violencia invisible y/o muda porque no se registra en la inmediatez de la violencia convencional, sino en un registro inconsciente no identificado como transgresivo.

Es la violencia de permitir sin límite, disfrazando esa permisividad de actitud tolerante para encubrir el miedo que a algunos padres les produce vivirse a sí mismos como seres adultos. Es la violencia de dar demasiado para no tener que dar nada. Es la violencia que constituye una violación a las mentes en formación, es decir, a las de los niños y adolescentes.

Es frecuente encontrarnos en la actualidad con padres “asustados”, frágiles, que no son capaces de incluir a sus hijos en una normativa que organice límites (externos e internos) con los que el niño pueda sentirse protegido y seguro. Actualmente prevalece un planteamiento de sociedad sin límites y también de familia sin límites (anecdóticamente señalamos que en el lenguaje publicitario cada vez es más frecuente incluir la expresión “sin límites” para definir la bondad del objeto de consumo a vender: “*placer sin límite*” “*satisfacción sin límite*”, etc.), y

* M^a Teresa Muñoz, Psicóloga clínica. Instituto de la Asociación Psicoanalítica de Madrid. Junta Directiva de FEAP. Turno de Adopción de la Comunidad de Madrid.

** Alicia Monserrat, Psicóloga clínica. Miembro Didacta de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (IPA). Coordinadora del grupo de Investigación de Nuevas Patologías en Niños y Adolescentes.

cuando no hay límites lo que hay es vacío; vacío de objetos internos contenedores, y sobre todo, hay confusión.

Este vacío interno, hay que llenarlo compulsivamente de “cosas”, encontrándose así, el adolescente, *“parasitado en su deseo por un deseo anónimo que, engañosamente identifica como propio”*. Las funciones parentales no se transmiten ni circulan en el campo de lograr una verdadera humanización y socialización. Unos apoyos narcisistas sólidos, sin dudas ni fracturas por parte de los padres en lo que están transmitiendo a sus hijos, es lo que constituye la base de una relación segura. Cuanto más sólidos son estos apoyos que recargan el narcisismo estructurante del niño -no el narcisismo maníaco/omnipotente- más fácil le es entrar en contacto con un objeto que no amenaza su Yo. Diferente es la situación del niño que se siente vacío de una aportación y transmisión afectiva que le hagan sentirse “apegado” (teoría del apego) a un objeto suficientemente bueno que pueda tolerar esa “violencia de vida” que el bebé dirigirá hacia la madre, para que ésta, la recoja, la metabolice y la desactive, devolviéndosela transformada en ternura generadora de seguridad. Transformación de elementos *beta* en elementos *alfa*, siguiendo a Bion.

El concepto “**violencia invisible**” (Enriqueta Moreno) llamada así porque no se puede identificar fácilmente, está inmerso en nuestra cultura y erosiona los pilares fundamentales del hombre: el pensamiento y los afectos. No tiene personificación en ningún líder ni representa a ninguna ideología. Lleva al sujeto a tratar de llenarse porque su mente ha quedado vaciada de significantes propios.

Niños y jóvenes que adolecen de una importante deficiencia afectiva, en ausencia de figuras paternas suficientemente sólidas y estables, que permitan poder hacer buenas identificaciones, que den paso a convertirse, posteriormente, en adultos con capacidad de entender al otro, como Otro Yo, capaz de sentir y de padecer lo mismo que el propio sujeto, y vivir esta diferenciación “Yo-Los Otros”, como un enriquecimiento, en lugar de percibir a los demás como elementos peligrosos y amenazadores para su frágil identidad.

La pareja parental, atravesada a su vez por lo que acabamos de señalar, puede representarse en el mundo psíquico del niño como difusa, sin capacidad de transmitir con suficiente claridad la instauración de la represión primaria, con lo que la estructuración edípica, cuando se instaura, lo hace débilmente. Violencia invisible o muda que impide o tiene efectos nocivos en el proceso de constituirse como sujeto autónomo dueño de su propio deseo. La omisión de la

función parental comprometida con la crianza de los hijos, la contemplamos como una forma de violencia hacia ellos, una forma de violencia enmascarada y/o violencia invisible.

La trama vincular se establece con ligazones fusionales que amordazan y capturan el psiquismo infantil, pudiéndole hacer depositario del trauma padecido y no resuelto por la generación anterior. “*Violencia secundaria*” lo llama Piera Aulagnier, para nombrar el fenómeno por el que, lo que en la mente de la madre o del padre no ha pasado por la representación, es transmitido al hijo. Éste, se hace entonces, depositario de una parte no explícita y no accesible de la historia de Otro (los padres), quedando alienada su propia subjetividad, sin un pasado historizado, sino con un pasado-presente que funciona como un *fantasma*. Una forma gráfica de entender este proceso es, en analogía con un ventrílocuo. El hijo no es sentido como otro, sino como un depositario de un secreto familiar, un duelo no elaborado, manteniendo un tiempo circular en el que Tánatos es el protagonista de la escena y la pulsión de muerte es la que prevalece. Como el muñeco del ventrílocuo, el discurso es de otro. El trauma de una generación, no resuelto por su inabordabilidad dado su carácter de tristeza inenarrable se invisibiliza y oculta en criptas psíquicas, espacios internos a modo de separatas de la vida psíquica, en donde el trauma queda “*encriptado*” siguiendo el pensamiento de Nicolas Abraham y Maria Torok.

La sociedad de consumo se presenta como “La Gran Madre” dispensadora y gratificadora de necesidades y deseos, y la omnipotencia infantil se ve así, alimentada en lugar de frustrada. La mente infantil está avasallada por exigencias consumistas que reclaman sustitución inmediata de juguetes con los que no se ha podido llegar a establecer relación de afecto ni hacer historia con la propia historia personal del niño.

Por otro lado, la invasión excesiva de estímulos, imposibles de procesar psíquicamente, da origen a una saturación interna para las que el niño y el adolescente no tienen aún recursos organizados.

Las conductas violentas se presentan, así, como un intento de adquirir una identidad grandiosa y fuerte que resulta ser una pseudo identidad con la que intentar protegerse de los duelos de fondo, que no han podido ser elaborados por no haber podido ser, ni tan siquiera planteados.

La angustia que no ha podido ser metabolizada mediante la función *alfa*... la capacidad de *reverie*... ni la acogida por parte de unas figuras paternas *suficientemente buenas*, se reintroyecta como una violencia sin nombre, muda, invisible, preñada de odio destructivo que no

tiene más salida que la evacuación del aparato mental. Enriqueta Moreno señala cómo la búsqueda desesperada del objeto bueno que nunca se tuvo o se tuvo de forma fragmentada, se transforma en odio vengativo. La angustia no ha podido ser tramitada, porque los padres no han sabido devolver a la mente de sus hijos, los terrores transformados y con un significado para poderlos pensar o soñar.

Queremos señalar lo importante que nos parece considerar la violencia que se ejerce desde el grupo familiar y social cuando éstos no son capaces de contener y tramitar la pulsionalidad infantil. En su lugar, las funciones protectoras que deben ejercer los padres y la propia sociedad, se trasladan o, sencillamente son inexistentes confundidas con la permisividad, quedándose el niño con “huecos afectivos” que no sabe cómo llenar. En su lugar, algunos jóvenes intentarán cubrirlos más adelante con indumentarias protésicas (clavos, botas, objetos duros...), corazas con las que intentar cubrir la fragilidad interna y de paso, aprisionar los sentimientos de culpa para no tener que entrar en contacto con ellos. Violencia invisible... síntoma actual... o más allá del síntoma.

